

INSTITUTO "JOSÉ CORNIDE" DE ESTUDIOS CORUÑESES

MENÉNDEZ PIDAL  
Y LA CULTURA ESPAÑOLA

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR

DON DÁMASO ALONSO

EL DIA 9 DE DICIEMBRE DE 1968,  
EN HOMENAJE A LA MEMORIA DE

DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

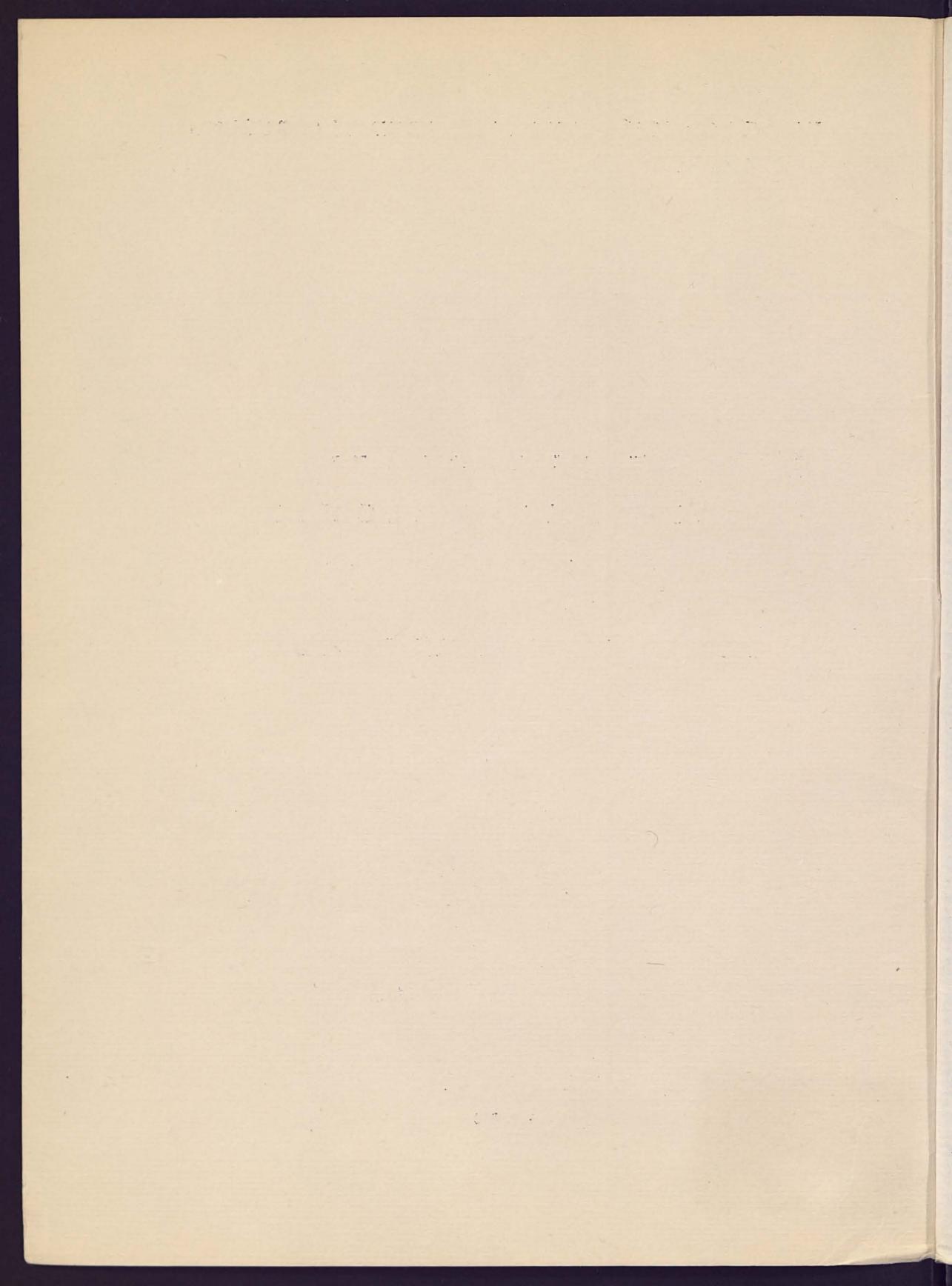


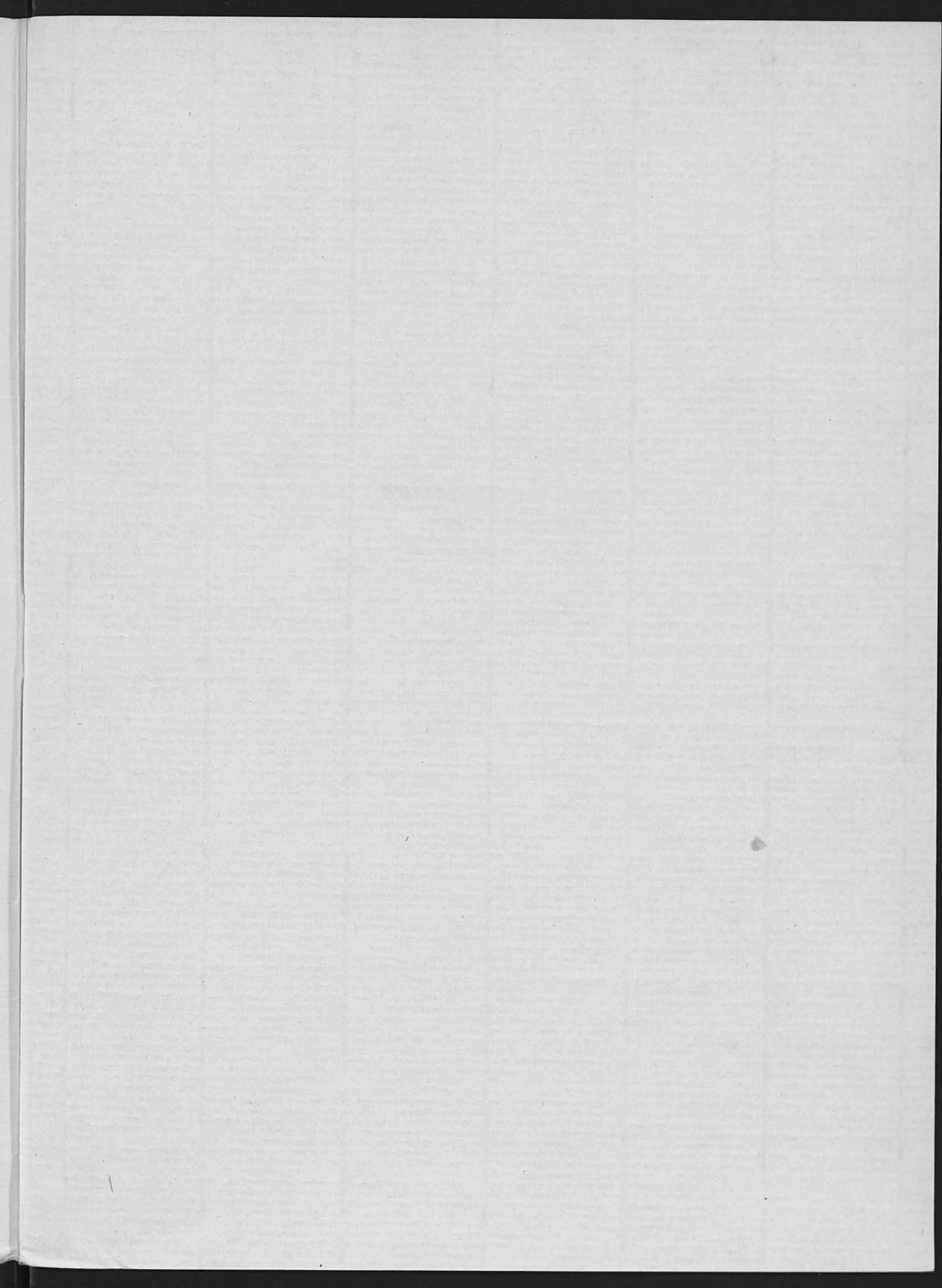
LA CORUÑA

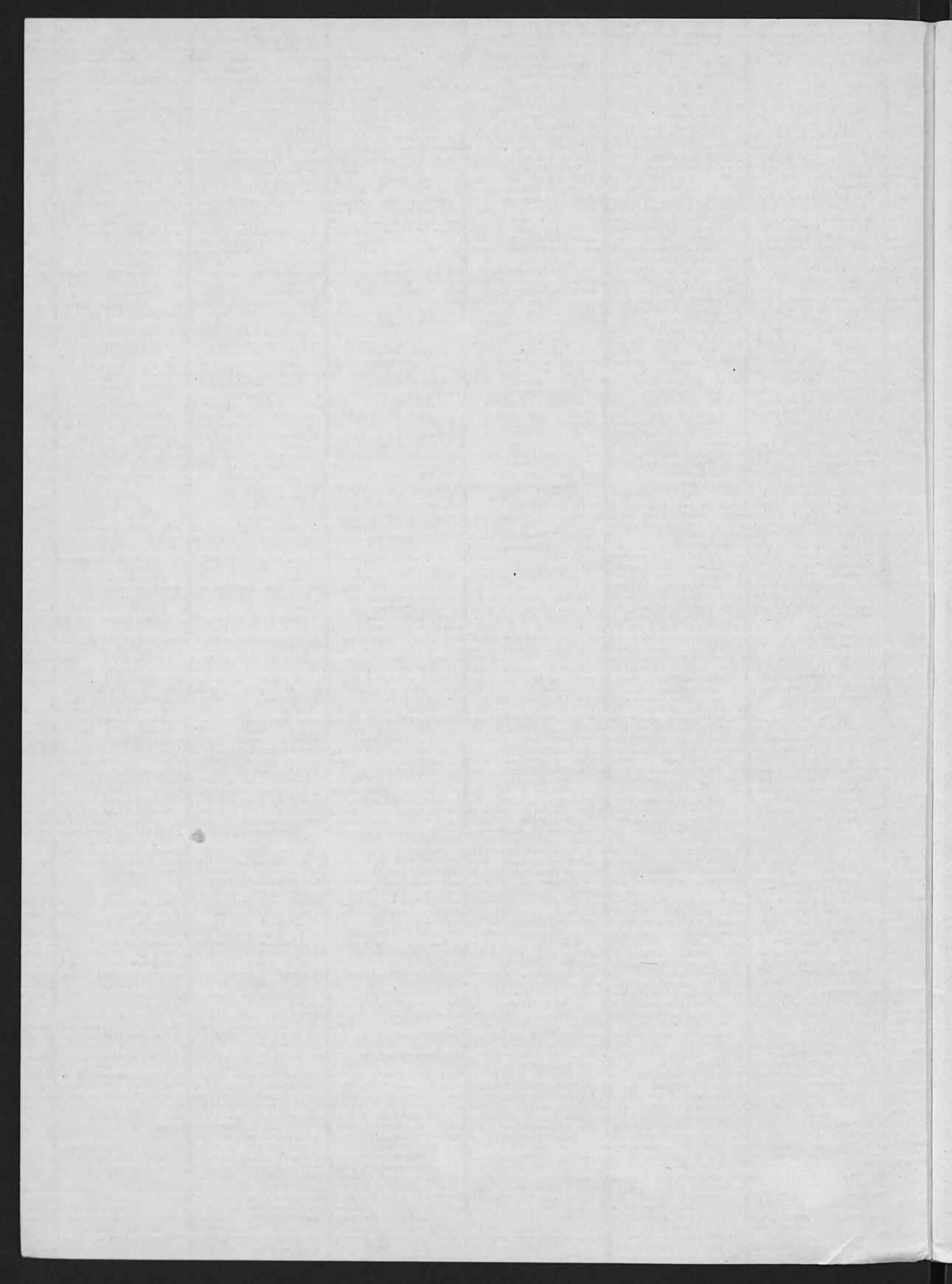
1969

OTRAS PUBLICACIONES.

NUM. 4







INSTITUTO "JOSÉ CORNIDE" DE ESTUDIOS CORUÑESES

MENÉNDEZ PIDAL  
Y LA CULTURA ESPAÑOLA

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR

DON DÁMASO ALONSO

EL DIA 9 DE DICIEMBRE DE 1968,  
EN HOMENAJE A LA MEMORIA DE

DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL



LA CORUÑA

1969

DEPÓSITO LEGAL: C - 111 - 1969

IMP. MORET. *Galera, 48. La Coruña. 1969*

Es motivo de íntima satisfacción para el Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses el rendir con esta publicación homenaje a la memoria de don Ramón Menéndez Pidal, Miembro de Honor del mismo. Y también anuncio de otra más amplia que verá la luz en fecha próxima.

Pero este discurso de don Dámaso Alonso tiene en su sentido más íntimo un doble significado: es el homenaje del discípulo y la ofrenda de su primera intervención pública como Director de la Real Academia Española. En un acto solemne, impregnado de nostalgia y recuerdo, la figura señera de Menéndez Pidal fue estudiada también con nostalgia y recuerdo por el que ocupa en estos momentos el sillón presidencial, que la desaparición del insigne coruñés dejó vacante.

El Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses, abrumado por la muerte del Patriarca de las Letras Españolas, acordó en aquellos momentos de dolor, y en sesión de 15 de noviembre de 1968, organizar un acto en su memoria. Un acto que fuera exponente de admiración, respeto y devoción. Nadie más adecuado para aureolarlo que don Dámaso Alonso. Y así, el día 9 de diciembre del pasado año, en la Sala Capitular del excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad, el hoy Director del más alto organismo de la cultura española, pronunció la magistral lección que en esta publicación se inserta.

La figura de don Dámaso Alonso es cumbre de una vida de intensa y tenaz dedicación al servicio de las letras españolas. Su amplia y fecunda producción abarca dilatados campos que tienen un denominador común: la vocación puesta al servicio de su patria. Catedrático, historiador, filólogo, investigador, poe-

ta... Pero sobre todo esto, don Dámaso Alonso, posee la aristocracia de la humildad y la comprensión. Baja de su alto pedestal para unirse a los que buscan en sus palabras senda de conocimientos. En esas palabras suyas, siempre impregnadas de un lirismo que sublima el fin último de su pensamiento.

Esta es la persona que ha tenido la gentileza de aceptar el ofrecimiento que el Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses le hizo para intervenir en el acto homenaje a don Ramón Menéndez Pidal. Porque en sus venas también siente el calor de la tierra que ha cobijado su niñez. Y siente el respeto y la admiración por el que en vida fue su maestro. El rendirle homenaje, en la ciudad que le vió nacer, lo ha entendido como la prueba más patente de la huella que en su alma ha dejado quien inició su camino en la investigación y en el saber.

El hacer un resumen de la personalidad literaria y erudita de don Dámaso Alonso, es tarea ardua. Su figura —de amplios y dilatados límites— es admirada no sólo en España, sino también fuera de sus fronteras. Sus publicaciones, premios, títulos, etcétera, llenarían muchas páginas, y en su mayor parte son sobradamente conocidas. El citar solamente que fue Premio Nacional de Literatura en el año 1927, Premio Fastenrath en 1943, Premio de Ensayo, de la Fundación March en 1960, bastarían para prestigiar a la persona que los ostenta. Pero es que además, fuera de España son varias las Universidades que le tienen como Doctor «honoris causa»: San Marcos de Lima desde 1948; Burdeos, en 1950; Hamburgo, en 1952; Freiburg, en 1958; Roma, en 1961; Oxford, en 1963 y la Universidad Nacional de Costa Rica, en 1965.

Como filólogo, don Dámaso Alonso es una de las figuras más respetadas y admiradas en España y fuera de nuestra Patria. Aparte de ser Director honorario del Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Revista de Filología Española, es Miembro de número de la Hispanic Society of America; Miembro de honor de la Modern Language Association of America, desde 1949; Miembro de honor de la American Association of

Teachers of Spanish and Portuguese; Miembro correspondiente de la Bayerische Akademie der Wissenschaften, de Munich; Presidente elegido para el año 1960 de la Modern Humanities Research Association; Miembro de la Accademia letteraria italiana Arcadia; Miembro de la Accademia Nazionale dei Lincei.

Desde 1948 es Académico de la Real Española y desde 1959, Académico de la Real de la Historia. Es también Miembro correspondiente de la Real Academia Gallega y de las de Sevilla, Córdoba, Málaga y Burgos.

Fue Profesor en numerosas Universidades extranjeras y ha dictado conferencias en los más renombrados centros docentes de Europa y América.

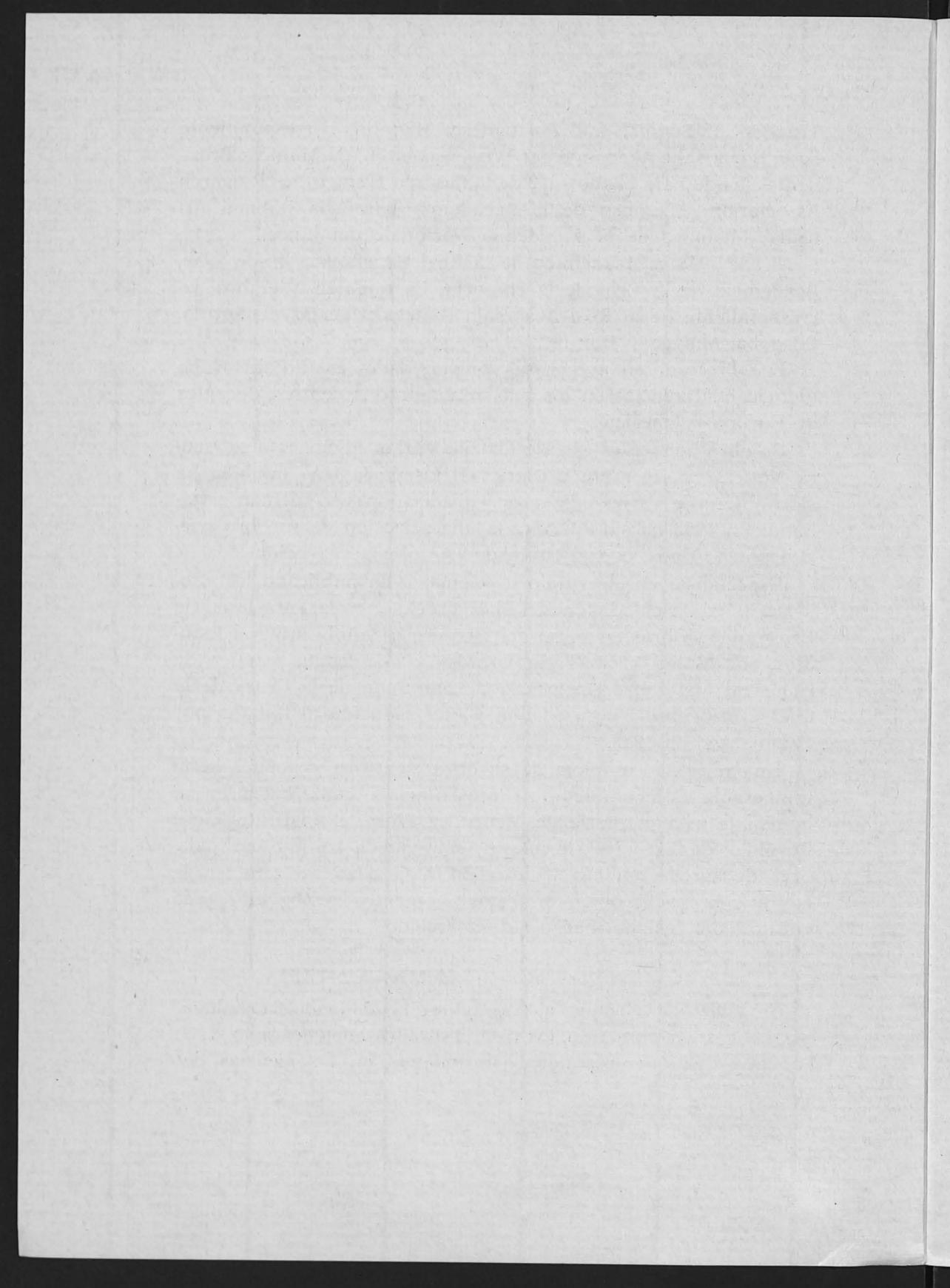
Su obra poética es extraordinaria. Varias ediciones de «Oscuro Noticia» y «Hombre y Dios». «Hijos de la Ira» también ha sido objeto de varias ediciones y traducciones al alemán e italiano. En 1956 ha sido publicada una selección de su obra poética por V. Gaos, con el título de «Antología: Creación».

Especialista en el estudio de Góngora ha publicado las «Soledades» con tres ediciones. «El Enquiridón y la Paráclesis, de Erasmo» y «Obras en verso del Homero español». En sus Estudios, sobresalen «Temas gongorinos» y «La lengua poética de Góngora», así como «La poesía de San Juan de la Cruz» de la que se hizo una tercera edición y fue traducida al italiano por Cammarano en 1965.

Una relación completa de su obra científica y poética sería inumerable e incompleta. Al presentar su conferencia en el homenaje a la memoria de Menéndez Pidal, el Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses, sólo puede testimoniar palabras de agredecimiento y devoción. Con ellas, va también la admiración hacia quien en estos momentos recibe el legado cultural del insigne maestro desaparecido.

#### E. MIGUEZ TAPIA

Director del Instituto «José Cornide»  
de Estudios Coruñeses



Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades:

Señoras y Señores:

Debo, ante todo, agradecer las cordialísimas palabras que el señor Director del Instituto «José Cornide» acaba de dirigir en mi elogio, tan excesivas que sólo las puedo admitir por que sé que están dictadas por su benevolencia, por su simpatía y por su amistad hacia mí. De todo corazón, muchas gracias.

Muchas gracias también al Instituto por la cordialísima invitación y la acogida tan agradable. Muchas gracias al público, por haberse molestado en venir a escucharme. Don Ramón Menéndez Pidal tuvo siempre muy en el corazón su origen coruñés. Siempre que le hablé de su nacimiento, le oí expresarse con profunda simpatía hacia esta ciudad. Los pueblos como La Coruña, que honran a los nacidos en él, se honran a sí mismos. Ya en otra ocasión La Coruña quiso, en vida de don Ramón, rendirle el tributo que como hijo predilecto se merecía; entonces no pudo ser. La Coruña no tuvo la culpa. Ahora, muerto, no va a tener más que el acto cordial de ustedes y mis pobres palabras.

## I

Hay que tener en cuenta, antes que nada, lo que era la filología española al ir a comenzar los treinta últimos años del siglo XIX. Los investigadores españoles continuaban en las ciencias del

espíritu lo mismo que en las físico-naturales métodos y técnicas que en el mundo ya habían sido abandonados. Por lo que toca a las ciencias naturales, habría que considerar una ilustre excepción: Cajal. Pero queda lejos del tema, y no tenemos espacio para ello. Por lo que toca a las ciencias del espíritu, sí que no podemos dejar de detenernos un momento en la figura de Milá y Fontanals, que parece contradecir las afirmaciones que acabamos de hacer. Milá había nacido mucho antes. Pero la obra suya que nos interesa, la que es sin duda su obra maestra, pertenece a la época que estamos considerando.

Casi en el umbral de ese período, en el año 1874, ha aparecido el libro de Milá y Fontanals *De la poesía heroico-popular castellana*. Basta hojearlo, para ver que es algo enteramente desconocido hasta entonces en España: es un libro «europeo», quiero decir, que está al día; en él se utiliza toda la bibliografía internacional sobre el tema y los temas relacionados, está basado en precisiones y pormenores de rigurosa exactitud, aplica una escrupulosa técnica moderna. Algo enteramente nuevo.

Podemos, pues, afirmar que los métodos técnicos, casi desconocidos en España durante el siglo XIX, penetran con la labor y el talento creador de Cajal, en ciencias biológicas, y en las del espíritu apuntan en la obra madura de Milá y Fontanals. Reduciéndonos al terreno que ahora nos interesa, hay que señalar que el libro de Milá *De la poesía heroico-popular castellana* ofrecía dificultades insuperables para quien no tuviese una obstinada voluntad de hincarle el diente a toda costa: tenía un difícilísimo sistema de citas y abreviaturas (afortunadamente desaparecido en la nueva edición, publicada no hace muchos años, gracias a los desvelos de Riquer y Molas que han cuidado de ella). Por esa causa, entre otras, el libro de Milá quedó como un esfuerzo muy limitado en su eficacia, casi secreto: ni tampoco en el extranjero tuvo toda la resonancia que merecía.

Hubo sí un discípulo de Milá de carácter señero, excepcional. Se nos alza en frente la figura de talla inmensa, de don Marce-

lino Menéndez Pelayo. Su obra es genial; pero todo lo que hay de genial en su obra, se debe a la genialidad peculiar, personal, de su mente; no a sus métodos científicos, que no eran, en lo fundamental, muy diferentes de los que empleaba la erudición del siglo XVIII. Menéndez Pelayo fue discípulo de Milá. Haría falta un estudio inteligente de hasta qué punto y en qué sentido fue su discípulo: aprendió mucho de su maestro; pero no aprendió de él esa técnica cerradamente científica minuciosa y voluntariamente rigurosa. Menéndez Pelayo, gran erudito, manejó un gigantesco arsenal de datos, pero su labor no fue exactamente inductiva, no consistió en relacionar esos datos por medio de una trabazón o vinculación estrictamente científica. No: la labor genial de Menéndez Pelayo consistió en, sobre el gran acervo de datos, aplicar su poderosísima capacidad de intuición. La intuición ni se aprende ni se hereda; se tiene o no se tiene. En ella participa, claro está, el conocimiento; pero, sobre todo en la intuición artística, lo que le da su especial carácter es la sensibilidad, la afectividad, los movimientos volitivos del alma, y la recreadora fantasía. La obra, pues, de Menéndez Pelayo, basada en mucho conocimiento, fue genialmente artística, es decir, poética, mucho más que rigurosamente científica a la luz de lo que era en el mundo la organización científica en los finales europeos del siglo XIX. El trabajo de Menéndez Pelayo lo fue a zarpazos de genio.

Y don Ramón Menéndez Pidal fue a su vez discípulo de Menéndez Pelayo.

Haría falta un estudio exacto y penetrante de estos engarces maestro discípulo: de Milá a Menéndez Pelayo (como ya lo hemos dicho), y también ahora de Menéndez Pelayo a Menéndez Pidal. Don Marcelino fue maestro de don Ramón como un hombre de más edad, e ilustre, es siempre maestro de otro más joven y que ha concurrido a las clases universitarias del mayor. Las cartas de Menéndez Pidal a Menéndez Pelayo de estos años de juventud de don Ramón, que se conservan en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, y algunas —precisamente del año 1898— tiene copiadas y me ha comunicado mi gran amigo

e ilustre gallego Dionisio Gamallo Fierros. Esas cartas, muestran como don Ramón está en posición de discípulo, como don Ramón busca el apoyo de don Marcelino para cosas que pretende, y se ofrece a copiarle unos textos que interesan al maestro existentes en la Biblioteca de El Escorial. En fin, don Ramón está en la posición respetuosa, servicial y subordinada que aún tenían los discípulos con relación a sus maestros a fines del siglo XIX (hoy son ya otros tiempos) y el maestro le corresponde. Cuando en 1902 entra Menéndez Pidal en la Real Academia Española, es don Marcelino quien le da la bienvenida. Para tratar de dilucidar la relación de los dos Menéndez, Pelayo y Pidal, comparemos en ojeada general el carácter de sus obras.

Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal. Sólo trece años entre estos dos hombres. Son dos oleadas sucesivas: son los representantes de dos generaciones contiguas del espíritu español. Pero dejemos ahora el concepto de «generación», tantas veces equivocante. Son dos «hombres»: dos hombres, dos trabajadores que Dios junta en su cantera, en su eterno tajo, ahí, hacia 1900, quizá en la hondonada máxima del declinar español. Al verlos inmediatos, sucesivos, señeros, ingentes, distintos y complementarios, yo me estremezco, porque no, no ha podido ser casualidad. Algo quiero decir, algún presagio hay en esa conjunción: en el instante del hundimiento español; en esa esquinada trágica del siglo XIX y del XX, Dios los juntó, para que los españoles tuviéramos un aliento y una tarea, para probarnos que no había dejado de su mano a España.

Y los juntó de modo bien curioso. En la obra inmensa de Menéndez Pelayo (¡sólo treinta y siete años de trabajo le fueron otorgados!) toda España había sido reflejada como en un espejo concentrador. Menéndez Pelayo atendía de un modo normalmente riguroso al pormenor (y aún hoy a través de la lente más hipercrítica, ¡cuán poco se le puede rectificar!), pero su espíritu era ante todo selector, coordinador, en una palabra, sintético. Y así su obra pudo ser eso: síntesis de España.

Y aquí entra lo maravilloso. A Ramón Menéndez Pidal, al muchacho de veinticinco años que en 1898 se aprestaba a par-

ticipar en el mundo de las letras, una fuerza misteriosa le guía: no se le pasa por la imaginación competir en el terreno de Menéndez Pelayo; menos aún el atacarle. No; el mundo es muy ancho: todos cabemos. Y aquella fuerza providencial le está guiando, le está señalando su destino: busca Menéndez Pidal, como punto de arranque, el estudio directo de los textos, el desmenuzamiento matemático, microscópico, del pormenor. Es algo totalmente nuevo en España. Pidal considera esa penosísima labor como una etapa previa, indispensable en el trabajo. Frente a la total síntesis de Menéndez Pelayo, su tarea empieza, pues azuzada, envizcada hacia la minucia y el análisis. A comienzos de nuestro siglo, la obra de Menéndez Pelayo se iba coronando sintéticamente inmensa; la de Menéndez Pidal apuntaba, se cuajaba, inmensamente analítica.

Ahora vemos algo que resulta evidentemente de lo que acabamos de decir: el genio de Menéndez Pelayo y el de Menéndez Pidal eran casi contrarios, antagónicos: artístico, poético, fundamentalmente el del primero; pormenorizador, reflexivo, estrictamente científico el del segundo. El procedimiento de Menéndez Pelayo era la intuición; el del segundo la inducción. La intuición es una operación recreativa, poética; la inducción es una actividad lógica.

Y si volvemos los ojos a Milá, vemos algo curioso: socialmente Menéndez Pelayo es discípulo de Milá, y Menéndez Pidal lo es de Menéndez Pelayo. Pero en profundidad, Menéndez Pelayo no es ni discípulo de Milá, ni maestro de Pidal. Menéndez Pelayo, aparte, único, es discípulo de su propio genio y creador solo por él. Saltando ese falso nexo que se nos tendía entre Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, este último es el que resulta en realidad el verdadero discípulo de Milá, mejor dicho, del libro de la madurez de Milá, *De la poesía heroico-popular castellana*. No es Menéndez Pelayo, sino este libro, lo que nos da el verdadero engarce con la generación siguiente, de la filología española, es decir, con Menéndez Pidal.

Desde 1896 comienza Pidal la publicación de sus grandes obras. Cosa notable: si se apuraran exactamente los términos,

se vería que desde entonces el influjo de Menéndez Pidal sobre Menéndez Pelayo, es decir, sobre su supuesto maestro, es evidente. Esto —que habría que estudiar en pormenor— ha sido afirmado ya alguna vez (recuerdo un artículo periodístico del catedrático de instituto Jesús Alonso Montero).

Milá no tuvo inmediatamente discípulos de sus nuevos métodos. Pero el trabajo de Pidal, muy superior en perfección técnica al de Milá, al irse abriendo en amplio varillaje sobre la épica, la historiografía primitiva (crónicas: leyenda e historia), la lírica medieval y su tradición, la lingüística, la historia de la Edad Media y en fin la del Imperio, fue a la par interesando a una gran parte del público culto español y obtuvo pronto una atención, cada vez más creciente, hasta constituir en España una de las máximas famas de los tiempos modernos, y hallar una gran resonancia en los medios filológicos de todo el mundo.

## II

Hemos dicho que la obra del Menéndez Pidal joven, apuntaba inmensamente analítica. Pero el mero análisis no es —si hablamos con algo de precisión— una tarea de ciencia. Otros empeños eran los que esperaban al joven Menéndez Pidal. Mientras España seseaba a lo largo del siglo XIX, más allá de los Pirineos la investigación en algunas de las ramas históricas (al contacto con el rigor de las nuevas leyes físiconaturales) había llegado a la precisión y también a la arrogante seguridad (que hoy, ciertamente, nos parece muy excesiva) con la que Gaston Paris trepaba, estribando en sus métodos filológicos, por ramas y cadenas de variantes hasta el original perdido, hasta la obra literaria tal como salió de la mano de su autor; y en el terreno lingüístico, por una serie de inducciones, se había ido dibujando una arborización casi perfecta del tronco indo-europeo, y en especial, de la gran rama románica. La lingüística histórica, asombrosa creación del siglo XIX, estaba en pie; y (para atenernos a lo próximo) en 1890 Meyer-Lübke había ya podido

imprimir el primer tomo de su *Gramática de las lenguas románicas*, en lo fundamental aún hoy vigente.

Es notable: en España apenas se había sentido la menor curiosidad por esta sistematización de la ciencia europea, aun siendo los nuevos métodos técnicos, como habían sido, tan fértils, tan asombrosamente creativos, y aunque se había producido, como si dijéramos, delante de sus ojos. Era a Menéndez Pidal a quien le estaba reservado el derribar la barrera que nos aislaba de los métodos científicos conquistados en el último tercio del siglo XIX. Así, sólo un positivo y exacto método histórico y filológico es lo que hace posible su primera gran obra. *La leyenda de los Infantes de Lara*, publicada en 1896; y su impregnación de la nueva técnica lingüística está ya de manifiesto en el *Manual Elemental de Gramática Histórica Española*, de 1904.

Y ahora sí que nos es útil el concepto de «generación». Muchas veces se ha señalado cómo la «del 98» representa una apertura de la conciencia española (bastante confinada en esos finales del siglo XIX) a los vientos universales del espíritu contemporáneo. Pero el confinamiento en el campo de la creación literaria, era sólo relativo (obsérvese, por ejemplo, cómo el naturalismo había podido penetrar, hacia 1880 —es decir, con muy pequeño retraso—, en España). En Filología, y, naturalmente, lo mismo en la rama especial de la Lingüística, sí que el aislamiento había sido casi absoluto. La misión primera de Menéndez Pidal coincide, en este sentido, con la de la generación del 98. Y también coincide con ella en una curiosa consecuencia: esas «europeizaciones» van a traernos como resultado una más profunda comprensión de los modos y sentires de España. La indagación en las raíces más profundas de la historia trae consigo un amor desenfrenado a lo tradicional. En amar a España, en comprenderla, en su continuidad, en sentirla, aun físicamente, no creo que nadie haya aventajado a Menéndez Pidal. Y en ese amor participamos apasionadamente todos sus discípulos.

Bien pronto Pidal pudo devolver con creces al mundo científico europeo lo que de él había recibido. Y lo devuelve con

vertido en sustancia, en materia española; surge con él, para la ciencia europea una antes desconocida imagen de la España medieval, que ahora, poco a poco se cuaja. Así iba reconstruyendo Pidal la épica...

### III

Pero para reconstruir la épica española era necesario un trabajo previo. En enormes códices manuscritos dormían, en las bibliotecas, nuestras antiguas crónicas en lengua castellana. Si hubo valientes, no cabe duda de que se arredraron. Nuestra historiografía de los siglos XIII, XIV y XV era un bosque por el que casi nadie había osado penetrar. Se tenía por sentado (aún el mismo Milá lo creía) que la crónica publicada por Ocampo al ir a mediar el siglo XVI, era la ordenada por Alfonso el Sabio. Gracias a Menéndez Pidal lo que había sido un verdadero caos nos ofrece hoy una visión diáfana: él nos dio el texto de la *Primera Crónica General*; él señaló la existencia de otra *Crónica de 1344*, y la de otras redacciones posteriores; él estudió en muchos casos las relaciones entre algunas crónicas particulares y las generales. Por no ser de un interés literario tan apasionante (porque es un tema que al lector corriente no interesa y que sólo puede atraer al especialista) no se suele ponderar tanto este ingente trabajo de Pidal. Se puede decir, sin exageración alguna, que después de él, en materia de historiografía medieval en lengua castellana, estamos en otra era y casi en otro mundo que el siglo XIX no pudo ni sospechar. Pero este solo trabajo de clasificación y deslinde de las antiguas crónicas podría haber bastado para llenar la vida de un historiador normal.

Y, sin embargo, esa labor no había sido sino un necesario incidente: lo que Menéndez Pidal perseguía antes que nada, eran los vestigios de nuestra antigua épica. Solo gracias al trabajo de Menéndez Pidal hoy nos damos muy bien cuenta de lo

que significó en su momento nuestra épica medieval y de su importancia para la tradición posterior española. Hoy sabemos que nuestra épica es como una antigua ciudad, por desgracia casi totalmente sumergida: apenas si por encima de las aguas se levanta un antiguo edificio casi intacto (el *Poema del Cid*), y aún otro también, pero mucho más tardío y desmoronado o desordenado (las *Mocedades de Rodrigo*). De otro antiguo poema (el *Cantar de Roncesvalles*) exhumó Pidal unos cuantos versos (como sillares de un palacio antiguo que los buzos hallan por casualidad en el fondo del mar); de otro (el de *Los Infantes de Lara*) a través de la prosificación de las Crónicas (como a través de las aguas) se podían adivinar, y ya Milá lo entrevió, largos pasajes de la versificación primitiva; pero Pidal induce un cantar nuevo del siglo XIV, que Milá no pudo imaginar. También a través de las Crónicas, con mayor o menor precisión, salen la contextura y, a veces, algunos pasajes versificados, de las narraciones poemáticas en torno a la muerte de don Fernando I y del cerco de Zamora, y a las mismas Crónicas hay que acudir para entrever lo que fueron el *Cantar de Bernardo del Carpio* y el *Romance del Infante García*, y otros poemas que no cito, ya por más problemáticos, ya por menos apasionantes desde el punto de vista español. Hoy estamos seguros de la existencia de estos cantares perdidos: las crónicas los mencionan como fuente histórica una y otra vez, y no nos cabe duda de que los utilizaron como se aprovechan y han aprovechado siempre las piedras de nuestros antiguos castillos para construcciones posteriores. Eso es lo que quiere decir «prosificación»: la narración en verso asonantado del poema ha sido más o menos modificada para convertirla en prosa e incorporarla a la crónica; pero a veces, en algunos pasajes, por su particular belleza o emoción, el prosificador apenas se atrevió a alterar el texto del poema, y entonces el verso, aunque escrito en seguidos renglones de prosa, salta al sentido del lector moderno: es lo que ocurre con largas tiradas de los *Infantes de Lara* (y como ejemplo mejor el «planto» de Gonzalo Gustioz ante las cortadas cabezas de sus hijos).

Todo esto, después de los trabajos de Pidal, nos parece ahora claro, evidente y sencillo (lástima que la muerte no le dejara rematar la *Historia de la Epopeya*, que habría sido la cúspide, en este aspecto, de su labor). Y todo ha pasado ya a los libros de texto, y los niños del Bachillerato lo aprenden; así como también es idea de todos que Pidal ha sido un gran investigador de nuestra épica. Lo que yo no sé si todo el mundo sabe o tiene presente es que si hoy —en lugar de una niebla— poseemos esa imagen cohesiva, ello se debe a Menéndez Pidal. A él llegó, sí, una cadena de atisbos, que arrancó, en 1874, de Milá. Pero lo aportado por Menéndez Pidal excede infinitamente la labor de los predecesores. Los tiempos eran otros; sólo él pudo aplicar una técnica más rigurosa y con ella llegar a resultados de gran diafanidad, mientras al mismo tiempo, en grandes sectores, se iban llenando los vacíos que antes impedían ver la continuidad del panorama. Técnica, pues, sí; pero no se olvide lo principal: el genio. Hoy día todo lo que se escriba sobre la épica española —aunque sea para atacar a Pidal— tiene que estar basado en sus trabajos luminosos, en el manejo de noticias o conceptos suyos.

Toda la concepción de la tradicionalidad épica en Pidal parecía ir a chocar con la teoría de Bédier, que niega toda tradicionalidad en la épica francesa. Conocida es la sucesión Bédier-Paris. Gaston Paris formuló su teoría de las «cantilenas»: los hechos históricos (y ante todo, los carolingios, digamos, de hacia el año 800) habían dado origen a breves cantos (cantilenas); estos se habían ido desarrollando hasta convertirse, a través de refundiciones y ampliaciones en los poemas que conservamos hoy, de hacia 1100 y posteriores. Esta teoría llegó a ser creída como verdad incontrovertible, hasta que Bédier publicó sus *Légendes Épiques*: para Bédier entre los hechos del siglo VIII o IX y los poemas del siglo XII no había vínculo tradicional alguno. Al cabo de pocos años la teoría de Bédier se había convertido en algo que parecía ya incombustible. Pero pronto comenzaron acá y allá los disidentes...

Cierto que en épica española las cosas son muy diferentes. El intervalo entre la vida real del *Cid* y el *Poema* es mucho menor, sin comparación, que el existente entre hechos históricos y pieza épica en la literatura de Francia. Bédier niega una y otra vez la existencia de poemas perdidos que hayan sido eslabones de la cadena tradicional. Pero en España las crónicas citan una y otra vez y del modo más claro poemas de contenido histórico-legendario, que como tales poemas no han llegado hasta nosotros; y no sólo los citan sino que como hemos dicho ya, los prosifican, y en ocasiones con prosificación tan ligera que el verso original unas veces se trasluce y otras aparece a nuestros ojos casi íntegro. Tenemos, en fin, los romances, poemas más tardíos, a los que va a dar una gran parte de esa tradición, que renace de nuevo aunque en forma diferente en el teatro de la segunda mitad del siglo XVI y sobre todo en el del XVII. La tradicionalidad épica en España, no es una teoría: es un hecho evidente para quien no se obstine en cerrar los ojos. Menéndez Pidal no tuvo más que juntar los datos dispersos, para que esta realidad nos resultara perfectamente clara. Pero una cosa tan nítida es sistemáticamente negada por algunos críticos extranjeros.

Ya en su vejez tuvo don Ramón un gran gozo: poder llevar la discusión a los hechos, mucho menos claros, de la literatura medieval francesa. Yo tuve la fortuna de descubrir la que llamé *Nota Emilianense*, único documento positivo que prueba la existencia de un eslabón anterior en la tradición que va a dar a la *Chanson de Roland*. Cuando le comuniqué mi hallazgo y poco después cuando publiqué mi trabajo el maestro tuvo uno de los grandes alegrones de su vida. Y entonces cercano ya a los 90 años se puso a trabajar intensamente y publicó su admirable libro *La «Chanson de Roland» y el Neotradicionalismo*, feliz de poder afirmar su idea de la tradicionalidad, no sólo en terreno español, sino en el mundo francés, y proclamarlo con eco en la crítica internacional de la que habían salido sus contradictores.

El estudio de la épica se completa con el del Romancero: Pidal muestra y demuestra lo que ya Milá había vislumbrado; que el Romancero es (por lo menos en parte) la consecuencia evolutiva de nuestra antigua epopeya. ¡Con qué cariño estudia este maravilloso tesoro poético español, cómo reúne infatigablemente los textos por los campos de Castilla o en viajes por América, cómo aplica a su investigación exactos métodos geográficos trasplantados del campo de la lingüística! Pero él quiere que el tesoro llegue a todo el mundo; y en una deliciosa antología un (*Flor Nueva de Romances Viejos*) los antiguos romances corren de mano en mano. En sus últimos años Pidal acabó su gran libro sobre el *Romancero* (dos tomos). Otros tomos, de textos, son completados y acabados por algunos discípulos.

La atención de Pidal se vuelve también, pronto, hacia los orígenes de nuestra lírica. Ya en 1919 pronuncia su conferencia sobre la primitiva lírica española. (Yo asistí a ella, y la emoción sentida aquel día fue uno de los determinantes de mi vocación). En materia de poesía lírica, había por fuerza que estribar sobre textos de la tradición posterior y sólo sobre muy escasos verdaderamente antiguos. Moviéndose por lo hipotético pudo rastrear Pidal la antigua lírica castellana. El descubrimiento y publicación, hace pocos años, por Stern, de un grupo de jarchas mozárabes del siglo XI y XII, da nuevo y apasionante interés al problema. Yo mismo intenté mostrar en 1949 a los románticos, la enorme importancia europea del hallazgo (que hasta entonces sólo había aparecido en publicaciones semitistas) y cómo ha venido a probar la solidez de las hipótesis de Pidal. Y me es muy grato que el Maestro, en un trabajo que luego publicó, corroborara con su autoridad y aceptara la mayor parte de mis modestas conclusiones.

¡Cuántos escritores, cuántos investigadores de la literatura sienten o fingen desprecio por los estudios lingüísticos! No se dan cuenta de que el lenguaje, aparte de ser el instrumento más útil de nuestra vida y la mayor proyección hacia el exterior de nuestra alma, es también el material mismo de toda literatura.

No piedra, como en la obra del escultor, o tierra molida y grasas, como en la del pintor, sino lo más noble, lo más alto, el límite constante entre lo físico y lo espiritual —la palabra del hombre— es el material de la obra literaria. Pidal comprendió desde el primer momento la unión indestructible de lo literario y lo lingüístico y a los dos campos dedicó un solo ardor. Estudió no sólo el español castellano, sino, desde 1897, la variedad dialectal de la península, y así es cabeza también de todos los estudios dialectológicos de hoy. Su *Manual de Gramática Histórica* (1904) fue primero una empresa heroica, que la crítica internacional saludó con entusiasmo, y, corregido en sucesivas ediciones, ha sido el libro donde hemos aprendido cuantos estudiamos lengua española. Unamuno en mil novecientos veintitantos confesaba usarlo constantemente; y lo mismo nos ha ocurrido a todos. El libro va ahora por su 13.<sup>a</sup> edición y ha sido corregido y acrecido en varias de ellas. Pero hay, entre las obras lingüísticas de Menéndez Pidal, una de extraña novedad y trascendencia: los *Orígenes del español*. A través de los documentos latinos de los siglos IX, X y XI rastrea ahí Pidal la tímida y vacilante aparición de los romances. La masa de material es imponente, y no hay lengua románica que haya sido investigada en sus orígenes con tal laboriosidad y técnica tan rigurosa. El trabajo lingüístico de Pidal debía haberse coronado con la *Historia de la lengua española* (de la cual hace ya años tenía redactada una gran parte). Para consuelo de los que vamos por el mundo dando bandazos, también estos grandes investigadores, que nos imaginamos inflexiblemente metódicos, tienen sus veleidades. Menéndez Pidal, como si fuera un mozo de veinticinco años, se aficionó a la peligrosa rebusca de las más antiguas condiciones lingüísticas peninsulares muy anteriores a la venida de los romanos: son éstas, indagaciones (ahora muy fomentadas por diversos lingüistas en el mundo) que tratan de horadar hasta lo prehistórico (a base de los pocos datos de que se puede disponer: nombres de ciudades, ríos, etcétera). Muy azarosas, por tanto, pues en ellas hay que contar con un alto tanto por ciento de error. Menéndez Pidal, con un

joven espíritu deportivo, se lanzó a la generosa y difícil empresa, tanto, que le dedicó varios años ya bien metido en la vejez. Tenía y conservó siempre un alentado espíritu deportivo.

Ni en lo literario ni en lo lingüístico se propuso nunca Pidal demostrar teorías de esas de primera intención (manía habitual de tantos españoles, ya meros tertulianos de café, ya egregios). Sobre abundantes materiales analizados y clasificados, induce lo más general en una ascensión limitada. No hay avance científico sin hipótesis, pero las de Pidal no se extienden sino lo necesario para la cobertura y coordinación de los datos reales que maneja y de los que siempre parte. Ocurre, sin embargo, que cuando un trabajador emplea estos métodos a lo largo de los años, forzosamente el terreno se le va cuajando de tal modo, que ha de llegar a la formulación de teorías generales que expliquen como sistema el vasto panorama descubierto. Pidal ve, ante todo, en lo español, la fuerza de lo tradicional; en literatura esto se refleja en la continuidad, la proximidad de la narración épica a la historia, la colaboración popular en la obra, las refundiciones y la tendencia al anonimato. La producción literaria medieval española no puede ser comprendida a la luz de las relaciones que existen hoy entre obra y autor: la obra medieval vivía desligada del autor, como algo que, al llegar al público, sirve para un fin, y que por tanto ha de modificarse cuando los gustos del público cambian. Por eso la materia épica sufrió una serie de refundiciones (los poemas eran renovados y adaptados a nuevas épocas y nuevos oyentes), y por eso, y porque —como hemos dicho antes— innumerables datos lo exigen, estamos autorizados a pensar en la existencia de poemas perdidos. Frente a esta teoría de Pidal —que para mí, repito, no es teoría, sino una realidad española— se alzan las tesis que todo lo atribuyen a un solo autor y a un elemento catalizador cultural (documento escrito u obra literaria). La teoría de Pidal estaba ya en realidad completa en su *Epopeya castellana* (publicada primero en francés en 1910), en donde muestra cómo la continuidad, es decir, la proyección épica medieval llega en España

hasta el siglo XIX (y aún hasta nuestros mismos días). Y todo tiene su complemento en esas *Reliquias de la poesía épica española*, en cuyo prólogo se contiene la más briosa y compacta defensa de la continuidad tradicional, defensa escrita por un hombre de ochenta años, pero con una pluma juvenil y animosa, quizá más animosa que en obra alguna de juventud. Esto merece un comentario, porque es que Menéndez Pidal cuando sale a la palestra de las letras llevado por su estricto criterio científico, por su busca objetiva de la verdad, refrena su estilo, tiene como miedo de encresarlo, de llenarlo de amplificaciones literarias; quiere ser absolutamente conciso, seco, ceñido al asunto. Van pasando los años y tiene contradictores, sobre todo los contradictores extranjeros que no pueden comprender este fenómeno de la continuidad, de la tradicionalidad española. Y poco a poco ocurre que Menéndez Pidal va soltando su estilo y libertándolo, dándole más libertad y amplitud, y con eso más gracia y con giros a veces hirientes, costésmente hirientes, para el contradictor. Se da en Menéndez Pidal, y es cosa bien curiosa, que la obra de juventud tiene un estilo ceñido y como temeroso y que la obra de la vejez se apasiona y con ella el estilo se liberta, se hace ondulante, creciente cuando hace falta, gracioso y sumamente movido. Y después su libro *La «Chanson de Roland» y el Neotradicionalismo* del que ya hemos hablado. Pidal lleva la polémica al terreno mismo donde le atacaban. ¿Le negaban la tradicionalidad en la épica española? Pues cuando se aproximaba a los 90 años, escribe ese libro que se publica en el año 1959, el año mismo en que cumple los 90: lo que prueba en él es la tradicionalidad en la épica francesa.

## IV

Trabajo literario continuo a lo largo de cincuenta y seis años: mes tras mes, semana tras semana, preparación y acopio de materiales; análisis minucioso; poderosa inducción de lo general sobre lo particular; clara, ponderada, exacta redacción; correcc-

ción de pruebas y más pruebas: ríos continuos de original, desde la casa a las imprentas, y de pruebas desde las imprentas hasta la casa. A los cincuenta y tantos años de su edad una grave enfermedad en la vista, de lo que ha de quedar una tara. Alarma de los discípulos. ¿Dejará de trabajar el maestro? No importa: el río continuo, de la casa a las imprentas, de las imprentas a la casa, sigue fluyendo siempre, siempre.

Otros cursos espirituales salen de aquel gabinete de trabajo y se extienden por el mundo. Desde 1899, Pidal era catedrático de Filología románica de la Universidad de Madrid. Pero Pidal no era exactamente un maestro universitario, sino super-universitario, es decir, maestro de maestros: sus discípulos habían de ser profesores. Su magistratura se ejerció siempre casi exclusivamente a través de sus libros. La enseñanza oral no era lo suyo. Pero con los libros y el ejemplo llegó a mover mundos. En el Centro de Estudios Históricos y en la *Revista de Filología Española* se congregaron los núcleos que primero siguieron sus enseñanzas. Después, los discípulos han llenado la tierra. Todos los españoles e hispanoamericanos que en cualquier país, en cualquier región, nos dedicamos a la investigación o a la enseñanza de la lengua y la literatura de España, somos, en más o menos, discípulos suyos: no existiríamos sin él. Y muchos son los focos de hispanistas nacidos en tierras de habla no hispánica que siguen también sus enseñanzas y sus métodos.

Aparte el accidente de la vista —que la voluntad superó—, Dios le concedió, una salud de hierro que conservó hasta el asalto por desgracia definitivo de la enfermedad, en 1965, fecha en que nuestro don Ramón contaba 96 años, unos 96 años enteros y firmes, tanto en agilidad mental como física. Y no puedo menos de decirles a ustedes cómo en aquel jueves de marzo de 1965, día de sesiones en la Academia Española, habíamos estado trabajando juntos en la Comisión de Diccionario y luego don Ramón presidió, como siempre, la sesión plenaria de la Academia.

En la Comisión de Diccionario don Ramón estuvo trabajando la hora entera con una mente lúcida, con capacidad total para la percepción de los difíciles diferenciadores de las acepciones de las palabras. Yo le iba llevando los gruesos diccionarios y, para que no cansara tanto la vista, le señalaba el punto donde estaba la acepción que interesaba; él inmediatamente lo captaba todo, su memoria estaba siempre viva, siempre fresca, siempre recordaba los datos esenciales.

Aquella tarde, después de la sesión plenaria, le despedí en la acera de la Academia. Solía llevarme en coche a la Academia, porque éramos vecinos, y muchas veces volvía con él a Chamarín, y aquel día me dijo, como otras veces: ¿Viene usted a Chamarín conmigo?; y yo le dije: No, tengo que hacer en Madrid. Me quedé. Don Ramón se fue y aquella noche comenzó el primer anuncio de la enfermedad que se presentó solapadamente: una taquicardia, una pequeña baja de tensión que el médico creyó que, dada la constitución de don Ramón, cedería en seguida. Unos días en cama, dos días, y en seguida se levantó y comenzó a hacer su vida dentro de casa, subir y bajar las escaleras, salir al jardín. Pero ese día, en que por primera vez se había levantado, subió a su despacho, al crepúsculo, para ponerse a trabajar. Unos minutos más tarde entraba su hija y le encontró ya caído sobre el respaldo del sillón, la cabeza echada hacia atrás. Era la trombosis con llevada con merma de facultades físicas, no mentales, a lo largo de tres años, pero que al final había de terminar con él.

Don Ramón cuidó siempre meticulosamente su salud, porque sabía que era sólo el instrumento para un fin, y que debía cumplirlo. Así, a sus ochenta, a sus noventa años podía cansar y dejar rezagados a sus propios hijos en las ascensiones montañeras de los veranos, cerca de San Rafael. Su vida fue siempre limpia y clara.

Su misma absoluta dedicación al trabajo le ayudó a mantener a raya no sólo pasiones, sino, aparentemente hasta los afectos, para cuya expresión le ataba, diríamos, un a modo de pudor. Esto, con el paso de los años, fue cambiando progresivamente —de

modo paralelo a como fue cambiando también su prosa, de contenida a apasionada— y don Ramón se nos iba haciendo más jugoso, más tierno, en atisbos y ramalazos, que se le escapaban, acaso sin darse él cuenta. Yo, personalmente, puedo dar fe de ello, y conmigo los amigos y discípulos que han estado cerca de él en estos últimos tiempos. Este mismo jugo y esta misma ternura la tuvo siempre en el seno de su familia, y quizá, sobre todo, en el círculo de su familia espiritual, esos seres evocados por él del fondo de la Edad Media, el Cid, los Siete infantes de Salas, Fernán González... Este hombre ha reunido su inmensa fuerza de amor sobre la Edad Media; y como España es toda una continuidad tradicional, quiere decir que lo ha volcado sobre España. Él ha renovado totalmente los estudios de lengua y literatura, los elementos donde más concentrada se contiene la herencia cultural de un pueblo: él ha renovado la historia de la cultura española.

Y a él le debemos amor los españoles, y gratitud, y veneración. La ciencia universal le es deudora del descubrimiento de inmensos territorios de la antigüedad románica, de novedosos métodos, de una irreprochable técnica. La juventud tiene en la vida de este español, coruñés ilustre, de este coruñés universal el modelo de las maravillas que puede obrar una voluntad aferrada al esfuerzo constante; el ejemplo de lo que podría ser España si tuviéramos sólo unos cuantos Menéndez Pidales en los diversos campos de la cultura y del trabajo. Sí, él nos señala luminosamente el único auténtico camino de la esperanza: seremos grandes, no por taumaturgias proféticas, sino por el denodado, modesto, diario esfuerzo de los españoles.

